

**DISERTACIÓN SOBRE LA ESTRUCTURA DE LA CIENCIA ECONÓMICA Y LA  
HISTORICIDAD DE SUS CATEGORÍAS**

*P. Levín*

*Instituto de Investigaciones Económicas, 28 de oct. 2009*

*(Trabajo en curso)*

La presente comunicación anticipa y resume (con la inclusión de borradores del texto en preparación) un artículo que estoy componiendo para enviar el verano próximo a la revista *Nueva Economía*, con el título (provisorio) *La economía política. Su estructura tripartita y más allá...* En él procuro recapitular a grandes trazos el itinerario de los conceptos económicos elementales y sus mayores transformaciones.

Construyo previamente, a la manera de un esquema auxiliar, una representación provisoria de la estructura completa de la ciencia económica. Dibujo un contorno para que represente el territorio de la ciencia que estudia la economía *capitalista*. Luego trazo uno más extenso, que comprende el anterior, para el dominio de la ciencia más abarcativa que estudia la economía *humana* en sus diversas formas y grados de desarrollo histórico. A continuación, uno aún más comprehensivo, para el ámbito de la ciencia que estudia los comportamientos *animales* en tanto adaptaciones evolutivas. Para designar estos espacios adoptamos provisoriamente los nombres utilizados habitualmente con denotaciones semejantes; así, en orden de amplitud creciente, los llamamos: Economía Política (EP), Praxiología, Etología.

Por cierto, la palabra Etología se usa desde ya hace algo más de medio siglo sin mayores ambigüedades de denotación o de connotación. Designa inequívocamente una rama de la biología. En cambio, los rótulos EP y Praxiología circulan desde hace más un siglo la segunda, y más de dos siglos la primera, las más de las veces con aceptaciones notablemente inciertas y abstractas, donde unas veces se desdibujan las determinaciones

históricas de las categorías praxiológicas en general, e incluso de las categorías de la EP, mientras otras veces se ignoran del todo.

Al puntualizar las denotaciones anteriores habilitamos el procedimiento de clasificación y definición que contrasta la *differentia specifica* con su *genus proximum*. Ellas atañen a todas las categorías del pensamiento económico capitalista, mercantil y dinerario, brindándonos la pista de su doble contenido, o doble dimensión: específica (vgr., específicamente mercantil), y genérica (o praxiológica abstracta). En este *aperçu* somero se prefigura contraposición interna que conllevan las categorías económicas de la sociedad capitalista entre sus determinaciones históricas *específicas* (distintivas del capitalismo), y sus determinaciones *genéricas* (comunes al capitalismo y otras formas históricas de vida humana). No hay todavía aquí, es verdad, concepto alguno, pero el entendimiento lógico está a gusto con las jerarquías categoriales bien establecidas e inequívocamente definibles. La metáfora cartográfica, o la taxonómica, ordenan dominios territoriales de distinto rango comprendiéndolos unos en otros, proporcione a ese entendimiento algo así como un ayuda-memoria a fijar la noción de que la sociedad presente constituye a la vez una forma particular de sociedad *inter alia*, y una estación transitoria del desarrollo histórico.

Surge entonces la cuestión de la relación entre estas entidades, o, lo que es lo mismo, la de la identidad y la diferencia entre las tres ciencias. ¿Acaso guardan entre sí un orden conceptual, más allá de su clasificación extrínseca (por inclusión y extensión)? Además, no esperamos que un paso semejante nos permita trasponer la primera frontera (entre el capitalismo y otras formas de vida humana) y las segundas fronteras, o, acaso, la pluralidad de segundas fronteras (entre la sociedad humana y la sociedad animal). Pero pronto hallamos una pista (sólo esto) en una noción común a las tres ciencias: es la de Metabolismo Social.

En esa noción, vale decir, en tanto estudian procesos de Metabolismo Social, los respectivos objetos de la EP y la Praxiología *parecen* relacionarse entre sí como especie y género, mientras los objetos de estudio de la Praxiología y la Etología *parecen* guardar

entre sí la relación de la historia humana con la historia natural. (Aquí redujimos los dominios de la ciencia social a sus momentos naturales. Es inevitable la insatisfacción que esto produce, acompañada con el reclamo de algo que falta. Pero a la vez se reconoce claramente el potencial de integración de este concepto todavía abstracto. En una fase avanzada de este estudio se nos presentarán, juntas, la posibilidad y la necesidad de proseguir, por así decirlo, con la confección del mapa del conocimiento, hasta abarcar en un mismo proyecto integrado otros campos aún más amplios de la ciencia y la filosofía. Por razones que en seguida se tornarán patentes, nos conviene posponer la ampliación de este trazado, y detenernos provisoriamente en la noción de Metabolismo Social. Cierro esta digresión señalando el dominio que sigue a de la etología: es el de la Ecología).

El sentido de la palabra “producción” en su uso común se confunde con la noción de *metabolismo social*, cuando designa el proceso de intercambio energético entre la sociedad y su medio ambiente. Ese sentido de la palabra capta un momento necesario de la producción social. En la opinión común esa noción convive un tanto incómodamente con la intuición de una diferencia cualitativa esencial entre sociedades humanas y sociedades animales, en la que se barrunta que la producción social no es “meramente” un metabolismo de materia y energía. Pero, ¿puede justificarse esa aseveración sin caer en la petición de principio? ¿Puede defenderse la pretensión de excepcionalidad sin recurrir a ideaciones metafísicas y/o a representaciones religiosas que, por un rodeo, constituyen otras tantas formas alambicadas de la misma falacia (la de dar por sentada la respuesta en la pregunta, *to beg the question*)?

Es difícil defender algunas respuestas célebres de la acusación de falacia *petitio principii*; respuestas que, aunque abstractamente y extrínsecas, se han erigido repetidamente desde hace más de dos milenios en salvaguardia de la excepcionalidad de la condición humana. Son irredimibles de esa acusación, porque atribuyen la postulada excepcionalidad del ser humano a caracteres que tenemos por distintivos, precisamente... del ser humano. Así, señalan la naturaleza social y política del Hombre, unida a ciertos principios universales como la razón o el sentido de justicia; asimismo, añaden distinciones dentro de la etología,

destacándose el lenguaje articulado, el raciocinio, la imaginación, la invención, el humor, el uso de herramientas; y, sobre todo, el rasgo incuestionablemente distintivo de la condición humana, vale decir, el desarrollo, el progreso, en definitiva, la Historia. Para exculpar estas verdades de esa acusación es necesario todavía el laborioso trajín del concepto; que no será, como se intentó hace doscientos años, la labor del concepto en general (por el camino que es “propiamente el camino de la desesperación”), ni tampoco de la posición del concepto directamente general (*pretensión* estéril y monstruosa de la que el pensamiento moderno siempre quiso emanciparse), sino del concepto particular de la economía política.

El pensamiento económico moderno se formó junto a la mentalidad burguesa, como una parte de ella; esta porción permanecería hasta hoy unida todavía en incómodo sincretismo con algunas nociones heredadas del mundo antiguo, que la doctrina económica no supo o no quiso integrar, y la teoría debe hoy subsumir en un concepto acabado. El elemento moderno (predominantemente cataláctico) del pensamiento económico moderno nació de una plétora de descubrimientos fragmentarios, aparentemente inconexos; de hallazgos múltiples, de los que no era posible colegir su sentido general, su significado de conjunto. Hoy, en visión retrospectiva, e incluso antes de adentrarnos en la rica complejidad del fenómeno histórico, podemos ya mismo describir en líneas generales algunas de las *escisiones* que acompañaron el surgimiento y el despliegue del mundo del capital; vale decir, bosquejar ciertas *diferenciaciones internas* inherentes al objeto de la EP; las cuales delimitan por cierto, objetivamente, el ámbito económico; pero, lejos de estar circunscriptas a él, comprometen progresiva e irreversiblemente la estructura completa de la sociedad determinada por el cosmos capitalista. La mención anticipada que podemos hacer en este punto de algunas de ellas es de carácter extrínseco y su propósito, meramente ilustrativo: una manifestación histórica temprana de este proceso es la separación de la naturaleza del dominio de los dioses, y, consecutivamente, la distinción entre los ámbitos de la vida moral, política, social... ¡y económica!

No deja de ser un tanto paradójico que identificar y caracterizar esas diferenciaciones se dificulta debido a que son fenómenos plenamente visibles y omnipresentes; a que están, por eso, profundamente impresas en la representación popular y en el lenguaje corriente, a tal punto que la conciencia las acepta teniéndolas como inherentes a la naturaleza misma de la sociedad, sempiternas y a-históricas. Contribuye sin duda a tornar invisible la naturaleza histórica de esa diferenciación la escisión sufrida por la filosofía y la ciencia; la fragmentación y la segmentación en la que el mismo proceso histórico de diferenciación social adquiere expresión intelectual negativa. A la vez, es verdad, la reducción de la ciencia, juntamente con especialización técnica, prepara las condiciones para la intelección científica del presente histórico. La conciencia política, que no tiene necesidad más imperiosa que la de ser contemporánea de sí misma, acude esperanzada a la ciencia recibida; pero allí se pierde fácilmente en el laberinto, donde tarde o temprano encontrará la pista de la EP, que sin embargo de poco le sirve limitarse a recogerla, sino que ha de *retomarla*, y proseguir. ¿Acaso es éste, como creemos, el hilo de Ariana?

En efecto, el proceso histórico que compone, recorta y separa como un ámbito distinto de la vida social el lugar de los comportamientos, las relaciones y las estructuras que llamamos “económicas”, instala también en nuestras mentes, en nuestras representaciones, en nuestro lenguaje, en nuestras estructuras categoriales, el discernimiento analítico, la disección mental, del momento económico de la vida humana, no sólo en la sociedad presente, sino también, retrospectivamente, en las que la precedieron, aun en situaciones históricas pretéritas en las que la diferenciación social no ha separado para él, para ese momento, un ámbito objetivamente distinto; vale decir, no ha constituido la estructura polar en la que se contraponen sociedad política y sociedad civil; y también en la sociedad capitalista presente, en la que la diferenciación del capital ha subvertido profundamente esa estructura polar, que brindó la premisa económica de la civilización moderna.

Tomemos un punto de observación muy abstracto, muy de conjunto, del largo proceso histórico de formación del mundo moderno, que se remonta a la antigüedad, y se tornará

patente para nosotros el despliegue de un doble proceso, que involucra radical e irreversiblemente la sociedad humana como un todo: las múltiples sociedades particulares existentes en el planeta en la era del capital se fusionan en una sola, y ésta, a la vez, se fragmenta y articula. Pero este deslinde externo de la EP se proyecta en su interior, donde cada instancia del desarrollo revela la contraposición interna que conllevan las categorías económicas de la sociedad capitalista entre sus determinaciones históricas *específicas* (distintivas del capitalismo), y sus determinaciones *genéricas* (comunes al capitalismo y otras formas históricas de vida humana). Por dentro de la EP el desarrollo de su contenido pone al descubierto una estructura interna, tripartita, secuencial, necesaria, acumulativa y progresiva. Resultará, en efecto, que la EP se compone de tres teorías generales. Las dos primeras representan y explican el mercado y la reproducción del capital como otros tantos procesos a la vez articulados y autorregulados con arreglo a sendas leyes de ajuste. La tercera subsume las anteriores y formula las leyes históricas de transformación del sistema capitalista. No se limita, por cierto, a comparar las figuras sucesivas del capital; tampoco a registrar una serie de saltos bruscos y discontinuidades entre una configuración del capitalismo y otra, sino que da cuenta de sendos procesos de diferenciación y des-diferenciación social, propios de cada una de ellas, que en cada caso culminan en una transición histórica necesaria. Incumbe a la EP comprender cómo en el pasado esas transiciones desembocaron en formas distintas *de* capitalismo, y preguntarse si las transiciones en curso presente tienden a una transición hacia una sociedad distinta *de la* capitalista.

La EP conjuga de este modo el estudio de la génesis del capitalismo, el de las grandes estaciones de su desarrollo como asimismo las transiciones y metamorfosis que las enlazan unas con otras en serie y en paralelo, y las condiciones de su agotamiento y superación. A partir del reconocimiento de la *historicidad* del capital y sus formas, el concepto de la EP recapitula su *historia* y apunta a comprender la naturaleza de su límite *cualitativo* inmanente. En la perspectiva necesaria de este desenlace se revela que *el concepto de concepto* es un concepto económico. En la EP, la ciencia económica se

descubre a sí misma en lo que hasta aquí tenía por objeto, y trabaja en su interior aprestándose a llevarlo más allá de su forma madura y acabada, deviniendo la *prefiguración* de una estrategia socialista. Con este giro, el poder emancipador y transformativo del concepto desborda del mundo de las ideas al ámbito de la conciencia práctica y de la práctica consciente. Próxima a alcanzar su pleno despliegue, la EP recapitula y reinterpreta su propia historia.

En esa contraposición la EP capta la diferencia distintiva de sus formas y estructuras, el principio necesario de su movimiento predominante, la secuencia general de sus mudanzas y transformaciones irreversibles, e incluso el rango de sus variaciones, sus contingencias, sus vicisitudes. La EP formula leyes de movimiento del sistema capitalista de dos órdenes: las leyes de ajuste de los sistemas de circulación mercantil y reproducción en escala creciente del capital, y las leyes de transformación de la sociedad capitalista.

Así, pues, un efecto entre otros del proceso de diferenciación es el desdoblamiento del proceso de metabolismo social en producción y consumo, ambos mediados por el trabajo humano que se desdobra, a la vez, en trabajo productivo y trabajo consuntivo. La producción social, consecutivamente, se desdobra a la vez por un lado en dos procesos: reproducción y *poiésis*; y por otro, ambos procesos se escinden y se unen, a su vez, con arreglo a la diferenciación más notablemente característica de la economía capitalista (y, en primera instancia, mercantil-dineraria), en dos procesos: un proceso de transformación natural mediada por el trabajo humano técnico-material, y un proceso de articulación social general mediado por el mercado. Al primero de estos desdoblamientos primigenios lo llamaremos “diferenciación natural”: en él se demarca la diferencia entre la praxiología y la etología. Aludiremos al segundo llamándolo “diferenciación histórica”: instituye los objetos particulares múltiples de la Praxiología y, por de pronto, entre ellos, el objeto particular específico de la EP: la economía capitalista.

La EP, no obstante, no accede a su objeto de inmediato, sino que tiene por objeto inmediato, vale decir, por comienzo, una parte del resultado de la diferenciación histórica: el proceso de articulación general que, en su forma capitalista, se concreta en la forma

mercantil del proceso de intercambio social: el mercado. Pronto, empero, el análisis del mercado muestra que su objeto es incompleto, ininteligible de suyo. Las preguntas formuladas por la teoría del mercado deberán responderse en una teoría que completa el concepto inacabado en uno más integrado, donde la circulación de mercancías es el momento catalítico de la reproducción del capital. Pero también este segundo objeto se mostrará incompleto e incongruente con la representación de un proceso iterativo, idéntico a sí mismo, sin comienzo ni fin, sin transformaciones inmanentes, a semejanza del cosmos concebido por la mecánica clásica. En esa contraposición la EP captó la diferencia distintiva de las formas y estructuras de su objeto, y descubrió en ellas el principio necesario de su movimiento predominante, la secuencia general de sus mudanzas y transformaciones irreversibles, e incluso el rango de sus variaciones, sus contingencias, sus vicisitudes. La EP pasa a su tercera instancia, a su tercera forma teórica, en la que formula leyes de movimiento del sistema capitalista de dos órdenes: las leyes de ajuste de los sistemas de circulación mercantil y reproducción en escala creciente del capital, y las leyes de transformación de la sociedad capitalista.

Así, pues, debió primero *agotar* el concepto de su primer objeto, el mercado, para luego ponerlo en el proceso de reproducción, y proseguir su despliegue, hasta descubrir que su ley de conjunto no es de equilibrio sino de transformación. En este su tercer tramo, o tercera teoría, el desarrollo de la EP pondrá al descubierto una estructura interna, tripartita, secuencial, necesaria, acumulativa y progresiva. Resultará, en efecto, que la EP se compone de tres teorías generales. Las dos primeras representan el mercado y la reproducción del capital como otros tantos procesos a la vez articulados y autorregulados con arreglo a sendas leyes de ajuste. La tercera subsume las anteriores y formula las leyes históricas de transformación del sistema capitalista. No se limita, por cierto, a registrar una serie de saltos bruscos y discontinuos de una configuración del capitalismo a otra, sino que comprende las rupturas como hitos destacados de sendos procesos de diferenciación y des-diferenciación social, propios de cada una de ellas, que en cada caso culminan en una transición histórica necesaria. Incumbe a la EP comprender cómo en la era del capital esas

transiciones desembocaron en formas distintas *de* capitalismo, y preguntarse si las transiciones en curso presente tienden a una transición hacia una sociedad distinta *de la* capitalista.